

“El Campamento Luna Llena  
Primera parte: Las leyendas nunca mienten”

Me miré por última vez en el espejo, para comprobar si realmente todo estaba en orden.

Mamá siempre me decía que era bastante presumida, pues me pasaba casi dos horas encerrada en el lavabo, haciéndome miles de peinados, y maquillándome, aunque siempre era en vano; mamá insistía en que no perdiera el tiempo en peinados de modelos, ni historias raras, que yo tenía unos hermosos tirabuzones rubios, y unos enormes ojos verdes grisáceos, típicos de una muñeca de porcelana.

Picaron suavemente en la puerta del baño, y mi mejor amiga, Eli Bernán, me dijo:

-¿Estás lista, Lina? Casi todos están ya junto a la hoguera... -Solté un suspiro, y abrí la puerta. Con una sonrisa, dije:

-Sí, ya estoy lista. Estaba dándome unos últimos retoques, ya sabes...

-No te preocupes, estás radiante, en serio, el azul del uniforme te queda muy bien.

Nos dirigimos hacia fuera de la cabaña, y, antes de cerrar la puerta, insistí:

-¿Seguro que no me dejo nada?

Eli puso los ojos en blanco, y riendo, dijo:

-No, de verdad que no...

Cerré la puerta, y nos dirigimos abrazadas hacia dónde estaban los demás.

En total, éramos unos cincuenta campistas, si no me equivoco. Todos estábamos sentados alrededor de la hoguera, en silencio.

Pronto vino un hombre con gorra, y silbato; debía ser el director del campamento. Parecía tener unos treinta años, y era bastante alto y delgado, y andaba de una forma tan encorvada, que parecía una cigüeña.

-Hola a todos, os doy la bienvenida al Campamento Luna Llena. Espero que éstos dos meses que vamos a estar juntos, sean inolvidables.

Miró lentamente el círculo de campistas, sonriendo alegremente.

-Cómo no, éste año habrás muchas más actividades que los últimos años, buenas fogatas, pruebas de valor, y sobretodo, “La Hora de Las Brujas”... Y según las novedades que vayan saliendo a lo largo de éstos dos meses, lo iremos comentando...

Aplaudimos, entusiasmados, y algunos chicos lanzaron vítores.

-Bien, y ahora, dos de vuestros monitores, Marcos y Juan, os pasarán un plato con patatas y Frankfurt y una bebida...

Dicho esto, dos monitores jóvenes, empezaron a servir rápidamente los platos y bebidas.

Cuando me tocó el turno, miré al monitor, y vi que éste me sonreía; le devolví la sonrisa, y le dije:

-Gracias.

Tomé el plato y la bebida, con cuidado de no volcar ni una cosa ni la otra, y él me guiñó el ojo. Luego, siguió repartiendo, hasta completar su mitad de círculo de campistas.

-Bien -prosiguió el director del campamento-, deciros que, si tenéis algún problema, podéis comentárselo a vuestros monitores, o si lo preferís, a mí, el Tío Jon. Y cómo sé que debéis estar hambrientos, mientras coméis la cena que os han servido, os enseñaremos la canción tradicional del campamento. ¿Estáis listos, chicos?

Los dos monitores asintieron, sin dejaron de sonreír, y uno de ellos, le entregó una vieja guitarra al Tío Jon-

-Pues allá vamos... ¡Un, dos, tres!

Empezaron a cantar una canción que iba sobre Víctor y la Luna Llena; supuse que Víctor fue el hombre que fundó el campamento.

El monitor que me había servido la cena, no paraba de mirarme; le miré a su vez, y me quedé helada cuando sus ojos lanzaron dos pequeños destellos. Abrí la boca, aunque no conseguí articular palabra ninguna. Eli, que estaba sentada a mi lado, me propinó un codazo, y me susurró al oído:

-Os estáis comiendo con los ojos, ¿o qué? Tío Jon no para de quitaros el ojos de encima...

Miré a Tío Jon, y me di cuenta, de que le echaba una severa mirada al monitor; éste, bajó la cabeza, ruborizado, aunque siguió cantando.

Para mi sorpresa, no me volvió a mirar durante lo que quedó de noche.

Los campistas insistieron en empezar aquella misma noche “La Hora de Las Brujas”, aunque algunos se retiraron, pues estaban cansados del viaje.

Convencí as Eli para que se quedara conmigo, aunque a regañadientes.

-Tú lo que quieres es quedarte por si se queda Marcos -me acusó. Marcos. Así era cómo se llamaba el monitor que me había servido la cena; alto, moreno, y con unos impresionantes ojos azules; debía tener unos veintidós años.

-De veras que no -le aseguré-. Además, he visto algo raro en su mirada; sólo quiero comprobarlo, nada más...

-Ya -me espetó, cruzándose de brazos, y mirando enfrente. Fin de la discusión. Suspiré.

Eché un breve vistazo alrededor, y me di cuenta, decepcionada quizás, de que Marcos no estaba por ningún lado.

-Bien, chicos, chicas -dijo Juan, un chico moreno, ojos negros y alto-, acercaos un poco más a la hoguera, por favor. Eso es. Nos miró uno por uno, y luego, prosiguió: Bien, cómo algunos habéis insistido en que se ponga en marcha ésta misma noche “La Hora de Las Brujas”, empezaremos por mí, ¿de acuerdo? -Todos asentimos, y, sonriéndonos, empezó su historia:

“Ocurrió hace tres años, más o menos, en éste mismo campamento.

Vicky, una chica de quince años, era la típica niña introvertida, que no se relacionaba con nadie.

Era una chica guapa, de larga melena castaña y rizada, y unos preciosos ojos ojos almendrados; tenía una figura esbelta, y no había chico que no se fijase en ella.

A pesar de las múltiples citas que le proponían de noches en barca, y escapadas para cenas a la luz de las velas, ella siempre las rechazaba; nadie consiguió hacerse realmente amiga de ella.

Aunque ella decía tener un motivo: tenía un secreto, y no se lo podía contar a nadie.

Llegó un punto, en que empezó a hablar sola; los monitores, cada vez tenían más pena de ella.

Un buen día, simplemente, desapareció.

Todo el campamento se puso cómo loco a buscarla, incluso avisaron a la policía, pero no hubo suerte.

Pronto desistieron, e hicieron saber la noticia a los padres.

Cuando regresaron al campamento después de estar casi una semana fuera, uno de los campistas fue el primero en hallar el cuerpo mutilado y ensartado en un gancho, en el portón de bienvenida del campamento.”

Algunos campistas giraron la cabeza para mirar el portón, incrédulos.

Juan prosiguió:

“Después de aquel macabro hallazgo, tuvieron que cerrar el campamento, al menos por un tiempo, para poder investigar todo lo posible.

Según aseguran algunos campistas que han pasado veranos aquí, bici siempre está merodeando cerca del lago, y tararea una vieja canción; también dicen que...”

-¡Oh, joder! ¡JODER! -Exclamó una chica regordeta y con gafas-. ¡Es ella! ¡Juan, está justo detrás de ti! ¡Detrás de ti! ¡Joder!

Se levantó de un salto, y se fue corriendo, con los brazos en el aire, y gritando.

Miré más allá de Juan, y vi que era cierto: una chica, vestida con un precioso vestido blanco, se acercaba, descalza, hacia Juan; en un brazo, llevaba acunada una bonita y antigua muñeca de porcelana, y el otro brazo, estaba estirado hacia Juan; éste, parecía no haberse dado cuenta de nada, y, seguía relatando el final de la historia. Eli se cogió fuertemente de mi brazo, temblando.

Miré a mi alrededor, y vi que todos estaban boquiabiertos, y blancos como la pared.

De repente, la niña, se llevó la mano a la espalda, y de allí, sacó un enorme cuchillo, y sin pensarlo dos veces, empezó a apuñalar a Juan, una y otra vez.

-Os presento al Jennifer, una de vuestras monitoras.

Saludó con la mano, mientras ofrecía una radiante sonrisa. “Dios mío”, me dije, ya más calmada. “Por un momento, había creído que era Vicky de verdad”. Después del ficticio apuñalamiento de Juan, todos nos habíamos levantado e ido corriendo por piernas.

-¿Ya se te ha pasado el susto? -Dijo una voz a mis espaldas; me giré, y vi que se trataba de Marcos.

-Sí, más o menos -dije, mostrándole una tímida sonrisa-. Es que, parecía tan real... En fin, -quiero decir que...

-Sí, ya te entiendo -me dijo. Perdió la mirada en la hoguera. Me di cuenta, por el gesto de su cara, que un mal recuerdo pasó por su cabeza.

-Oye, ¿te pasa algo? -Le pregunté, preocupada. Parpadeó, como si regresara de otro mundo, y contestó:

-No, no, sólo estaba pensando en mis cosas, ya sabes.

Me sonrió forzosamente, y yo asentí. Carraspeó, y agregó:- será mejor que vayas a dormir, ya es tarde.

-De acuerdo -dije, bostezando-. Hasta mañana. Buenas noches.

-Buenas noches. -Se inclinó un poco hacia mí, y me dio un rápido beso en la mejilla; luego, se fue rápidamente, sin mirar hacia atrás ni una sola vez.

“Aléjate de él, no te conviene; tu vida corre peligro... ¡Aléjate de él! ¡Aléjate de él!”

“¡ALÉJATE DE ÉL!”

Me desperté de golpe, bañada en sudor. “Tranquilízate, sólo ha sido una pesadilla”, me dije.

Miré el reloj, y vi que eran las cinco y media de la mañana.

Poco a poco, el corazón fue recuperando la normalidad.

“¡Aléjate de él!”

El dichoso susurro no se apagaba en mi mente. No recordaba realmente lo que había soñado, sólo sabía que fue el último grito el que me arrancó de las sábanas.

Miré hacia la litera de abajo, por si Eli se había despertado también, aunque vi que estaba vacía. “Qué raro”, me dije, extrañada. “Todavía falta una hora y media para el desayuno; ¿dónde se habrá metido? Si la pillan, se le va a caer el pelo...”

“¡Aléjate de él!”

Sacudí la cabeza, fuertemente. “¿es que nunca voy a poder quitarse ésa voz de la cabeza?”

Decidí levantarme e ir hacia el pabellón; aunque sabía que a ésas horas no iban a servirme, pero seguro que habría alguien ya despierto. “Quizás esté Marcos”, me dije, notando que el pulso se me aceleraba.

Me vestí a toda prisa, y salí de la cabaña sin hacer ruido.

Aún era algo de noche, pero al menos, veía bien el camino, aunque soplaba algo de viento frío.

Me cubrí un poco la cabeza, y seguí andando.

Ya estaba casi en la entrada del pabellón de los desayunos, cuando oí un frágil roce que da cuando el viento azotea la ropa.

Miré a mi alrededor, y vi que se trataba de la bandera del campamento.

Iba a entrar de nuevo en el pabellón, cuando me percaté de que, en el portón del campamento, habían dos o tres animales, concentrados en algo. “Deben haber encontrado algún pájaro muerto”, me dije, aunque no muy convencida. Decidí acercarme a echar un vistazo, para calmar la curiosidad.

En cuanto los animales notaron mi presencia, echaron a correr en todas direcciones, despavoridos.

Me agaché y, enfocando bien la vista, me di cuenta de que habían estado relamiendo algún tipo de sustancia, la cual cubría parte de la hierba.

Con un suspiro, me levanté, aunque no quité ojo del líquido que había encontrado. “Probablemente, cazaron algún conejo, o lo que fuera; aunque me extraña que no haya ningún hueso por aquí...” Entonces, noté que algo caliente y viscoso, me caía en la cara, y resbalaba por mi mejilla.

Levanté la mano, y me limpié.

Sangre.

-¿Qué...? -Murmuré. Levanté la vista, y empecé a gritar.

Eli se hallaba ensartada en el poste, con las tripas colgando.

-Tranquilízate, por favor -me suplicó Marcos, mientras me ofrecía una tila.

-¿Cómo demonios quieres que me tranquilice, eh? ¡Han asesinado a mi mejor amiga! ¡Maldita sea! ¡Era mi mejor amiga!

Me derrumbé en el suelo y, ocultando el rostro con las manos, me eché a llorar. Marcos se acercó a mí, y me abrazó, mientras me acariciaba suavemente.

-¿Lina Márquez? -Dijo una voz de hombre. Marcos me soltó, y, limpiándome las lágrimas con el dorso de la mano, dije:

-Sí, soy yo.

-¿Puede acompañarme unos minutos, por favor? -Tiró el cigarro al suelo, y lo aplastó con la punta de una de sus botas.

-Sí, claro -dije, levantándome del suelo con la ayuda de Marcos-. Gracias. -Le murmuré.

-Luego ven a buscarme, ¿vale? -Asentí, y él me dio de nuevo un beso en la mejilla, a modo de ánimo. Luego, se alejó.

-Por aquí -me dijo el policía, sin quitar ojo de Marcos. Me llevó al despacho de Tío Jon, y me hizo sentar.

-¿Café? -Preguntó.

-Con leche, por favor. -Contesté, con un hilo de voz. Asintió, y se giró hacia la máquina.

Una vez tuve el café delante de mí, empezó la batalla de preguntas.

Cuando salí del despacho, pensé que la cabeza me iba a estallar. “Madre mía”, me dije, cerrando los ojos por un instante. “¡Ni mi madre sabe tanto de mí!”

Decidí salir a tomar un poco de aire fresco, cerca de la laguna.

-¿Cómo ha ido? -Preguntó de repente, Marcos. Pegué un bote, y me giré.

-Bien -dije-, aunque estoy bajo sospecha; mis huellas son las únicas que han encontrado, aparte de las de los animales, claro.

-Pareces cansada -me dijo, preocupado, mientras me apartaba un tirabuzón de la cara.

-Estoy cansada -admití-. Me hacían todo tipo de preguntas, incluso ni tenían que ver con el tema.

-¿Cómo cuál?

-Si tenía algún tipo de relación contigo. -Nos quedamos mirando, hasta que él apartó la mirada-. Dicen que puede ser que tuviéramos cualquier tipo de bronca por cosas de chicos, y que a mí se me fue la mano...

Marcos parecía haber vuelto a sumergirse en su mundo-. ¿Marcos? Marcos, ¿estás bien?

-Sí, sí -contestó, rápidamente-. Tengo que volver a la faena. Nos vemos luego.

Me dio una breve caricia en la mejilla, y se fue. “¿Qué demonios le pasa?”, me dije, preocupada. “¿Por qué ésa reacción? Sinceramente, no entiendo nada de nada”.

Decidí irme a echar un rato en mi cama.

Una siesta no haría daño a nadie.

Cuando desperté, en un principio, no sabía dónde me encontraba.

Me incorporé lentamente, y me pasé una mano por la cabeza.

Eli.

“Dios, que haya sido una pesadilla, por favor...”, supliqué, en silencio. Pero sabía de sobras que no había sido ninguna pesadilla, que todo había sucedido de verdad.

Noté que las lágrimas me inundaban de nuevo los ojos. “¿Quién habrá sido capaz de hacer algo así?”.

Picaron a la puerta.

Me sequé rápidamente las lágrimas e, intentando que la voz no me temblara, pregunté:

-¿Quién es? -La puerta se abrió, lentamente, y apareció de nuevo Marcos, junto a una chica.

-¿Te sientes con ánimos de venir a la hoguera? -Me preguntó, medio murmurando. Me encogí de hombros. Se acercó, y me dijo:- ¿Al menos tienes cinco minutos? Necesito hablar contigo...

-La chica puso cara de tristeza, pues se notaba que le gustaba Marcos.

-Dame cinco minutos para cambiarme -le dije-. Nos veremos en... en La Laguna.

-De acuerdo. -Marcos me sonrió, una vez más. Luego, ambos abandonaron la cabaña, en silencio.

Miré el reloj: pronto sería “La Hora de Las Brujas”.

Una vez estuve lista, en vez de dirigirme a La Laguna por delante de las cabañas, lo hice por detrás; aún así, pude oír la voz de pito de Sheyla, una chica morena y con pecas, que era incapaz de bajar el tono de voz.

Cómo hipnotizada, agucé el oído, y escuché unos segundos, el relato de aquella noche:

-”(...) Intentó desesperadamente huir, y para ello, se metió de cabeza en la oscura agua de La Laguna; la luna llena era la única testigo de lo que pasaba en aquel momento; si no lo intentaba ahora, ya no podría intentarlo nunca más.

Poco después, apareció él, totalmente enloquecido, y miraba en todas direcciones, una y otra vez, como desesperado; no se la podía escapar, lo que había empezado cómo una cita romántica, estaba acabando como una pesadilla...”

Dejé de prestar atención.

Entonces, un escalofrío me recorrió la espalda; yo tenía una cita con Marcos, en La Laguna.

¿Qué ocurriría?

¿Se haría realidad ésta leyenda también?

Me di cuenta de que empezaba a desconfiar y tener miedo a todo el mundo.

Alguien me cogió fuertemente del brazo, y me dio un tremendo tirón.

-¡Eh! -Exclamé, sorprendida. Me volví, y vi que se trataba de la chica que había estado en la cabaña, con Marcos. Sus ojos grises brillaban en la oscuridad.

-¡No vayas! ¡Aléjate de él! ¡Aléjate de él! -Me la quedé mirando, boquiabierta, como si de un momento u otro hubiera perdido la chaveta-. ¡Tu vida corre peligro! ¡Huye! ¡Huye ahora mismo!

Me zafé con fuerza de ella, y le espeté:

-¿A qué viene todo esto? Dame una razón de peso para que me crea todas esas barbaridades.

-¡Él mató a tu amiga! -Abrí los ojos como platos. Se me cortó la respiración.

-¿Q-qué? ¿Él? ¿Quién es él? -Las piernas empezaron a temblarme, sin poder remediarlo.

-¡Él mató a Eli! ¡Y te matará a ti! -La chica miró aterrada hacia atrás, y prosiguió:- Es-escucha... ¡Hoy hará cuatro años tras la muerte de Vicky! ¡Va a hacer un ritual, para que el atormentado alma de Vicky, ocupe tu cuerpo y mente! ¡Tienes...! -De repente, Marcos apareció de entre las sombras. La chica, ahogó un grito, e intentó huir, despavorida, pero Marcos la cogió por el pelo, y dijo tranquilamente:

-¿Intentando asustar a las nuevas, Miriam? Creí haberte dicho que no lo hicieras más...

-¡Suéltame, maldito asesino! ¡Suéltame! -Gimió Miriam, al borde de las lágrimas. Yo estaba petrificada-. ¡Lo único por lo que te tienes que preocupar, es de buscar ayuda! ¡Necesitas un médico!

-¡Cállate, maldita zorra! -Exclamó Marcos, enfurecido, y la empujó contra un árbol, haciendo que se diera un tremendo golpe en la cabeza, y perdiera el sentido.

Entonces, se acercó a mí. Había algo en sus ojos... Había... “Destellos”, me dije, notando que el terror crecía y crecía. “Sus ojos sueltan destellos, como ayer por la noche, y me dominan... Me dominan...”

Me cogió de la mano, sin que pudiera resistirme, y me adentró en el bosque.